

EL PESO DE UN CLAVEL



En general, las estadísticas nos dan un balance global de las situaciones, cuando se trata de temas agrícolas. Sabemos, por ejemplo, que el año agrícola que acaba de terminar se puede considerar bueno e incluso, en alguno de sus apartados, muy bueno, excelente. La cosecha de la aceituna, por ejemplo, ha sido excepcional. Será alcanzado con ella este año un volumen de exportación fuera de lo corriente, después de abastecido el mercado interior. Ha habido, es cierto, una merma en la producción del algodón, debido a la pérdida de una parte de su cosecha en Extremadura y Andalucía a causa de un exceso de lluvias otoñales. Pero en los demás aspectos de la producción de nuestros agrios, los resultados se pueden estimar muy satisfactorios, según leemos en las revistas especializadas.

Y, sin embargo, hay un aspecto de nuestra agricultura que se ha resentido gravemente de las circunstancias. Se trata de un producto que parece lateral a ella, porque no es artículo de primera necesidad, como los demás productos del campo. No se trata de un fruto, sino de una flor, algo que puede ser considerado como un lujo, como un regalo de la tierra fecunda y productora. Ese producto de la tierra que no nos sirve de alimento y que quizá por ello esté un poco al margen de la protección del dios Deméter, pródigo en favores a todos los demás, es la flor del clavel. El clavel ha sido excluido de la facundia general. Y este triste olvido está creando infinidad de problemas y de pesadumbres.

El cultivo racional del clavel como fuente de riqueza data de unos pocos años. Puede decirse que la crianza y la comercialidad del clavel fueron descubiertos con la estabilización de Europa. En el calendario, la producción del clavel en serie es contemporánea del «marco Erhard» y del «plan Marshall». No creemos que en estas decisivas cláusulas de rehabilitación político-económica de la posguerra hubiera un apartado especial para la flor de la clavellina, pero su laboreo y producción racional nos parecen emparentadas con la geopolítica y la economía en los años iniciales de la guerra fría. De acuerdo con ello, el clavel se para en el telón de acero. Los fletes del clavel van a terminar donde empiezan las alambradas. Así, emblema perfumado de la prosperidad, se podía hablar de una Europa del mercado negro y de otra Europa del mercado carmesí, blanco o atigrado del clavel. A tal punto ha llegado el mercado común del clavel en pocos años.

Ello ha producido en zonas del litoral mediterráneo, las que están más cercanas al mar, extensiones de campo iluminado por el reverbero del clavel. Si cruzamos la Maresma catalana podemos en determinadas épocas del año pasear como sobre un tapiz coloreado. Porque esos claveles, antes de estar en los jarrones del Delfinado o de Bohemia, están vivos en el campo una temporada, en la actitud de crecer, de abombarse y de estallar. Con la vendimia de esos claveles empieza su aventura internacional. Involuntarios emigrados, llevan un frescor de brisa mediterránea y una síntesis de sol del mediodía a las mesas del norte. Su fulgor en brazadas es como la quilla rompehielos de una navegante flotilla grecolatina, esquema barroco de la fantasía meridional, retoño de una flora que vio pasar a Ulises. El clavel es una flor humanística y democrática y a la vez elemental y compleja, como todas las cosas cargadas de historia. La estructura de su pétalo es barroca y llena de arabescos, pero su armonía es simple y perfecta. Cuesta tanta experiencia a la tierra la elaboración de un clavel como al hombre el pórtico de una catedral. Y los claveles se exportan en brazadas, industrialmente, están sujetos a los índices y baremos del comercio exterior, colman los almacenes de las aduanas, viajan en avión, por carretera o en ferrocarril, sin más peso ni más pesadumbre que la de su fragilidad. Cuando llegan a su destino, a su último destino que es el de defoliarse en los jarrones lejanos, expanden la carga de su efímera claridad natural entre las nieblas y las humedades del norte.

El cultivo marino del clavel no contaba, empero, con la aciaga meteorología de los dos últimos inviernos. Las nevadas de diciembre de 1962 asolaron la cosecha hasta tal punto, que no fue posible volver a exportar clavel hasta el mes de abril de 1963, cuando ya los mercados de Europa no necesitaban de flor forastera por haber llegado la temporada de la suya propia. El clavel español era la flor europea del invierno, la que ayudaba a

alemanes, ingleses o suecos a pasar con flor las veladas larguísimas, en las que siempre habita como un fantasma el eco musical de Haendel o Vivaldi. Durante el pasado invierno, el genio de la música caldeó en solitario el silencio de aquellos hogares. Y en la actualidad, en el presente año, las cosas están ocurriendo de manera semejante: una leve nevada a mitad de diciembre, seguida inmediatamente de largos días de heladas implacables, con temperaturas bajísimas, ha segado el ímpetu íntimo con que nacía el clavel.

La vida de los claveles maltratados este año por el hielo está pendiente de un hilo. La cosecha no se ha perdido totalmente, como en el año anterior. Pero los claveles que nacen a la vida no tienen la salud ni la calidad de los que el mercado exige. Entre tanto, Europa está sin flor; la que podía dar la Europa jardinera ha quedado asimismo asolada por las bajísimas temperaturas que allí se han registrado. Los cultivadores españoles del clavel solicitan ahora que se les deje exportar la flor defectuosa, sin engaño para nadie, con objeto de aliviar su situación. Tras dos años de pérdida total de su producto, son muy pocos los que podrían sobrevivir a esta hecatombe botánica.

Ya no es cierta la andadura del clavel que le atribuyera el poeta:

A ti, clavel ardiente,
envidia de la llama y de la aurora,
miró al nacer más blandamente Flora;
color te dio excelente,
y del año las horas más suaves...

Las horas no han sido suaves para el clavel... ¿Volveremos a aquellas mentidas flores de trapo que había que espolvorear con el plumero en los viejos salones, en cuya situación empezaban la mayoría de las altas comedias de fin de siglo? Nada de eso. La savia de la clavellina es muy antigua y es preciso que la embajada floral vuelva a ser sustanciosa, agresiva. Es preciso que el resto de Europa se sienta en la solapa el peso increíblemente pequeño, pero notorio y sano, de un clavel de nuestro litoral.

las quinielas Las quinielas marcan, en cierto modo, el pulso popular. Tanto como una mutualidad de pronósticos deportivos son una especie de mutualidad mental, un corporativismo inductivo.

Sabido es que muchas de las fortunas repartidas por la quiniela han ido a parar precisamente a gentes absolutamente ajenas al fútbol, auténticos legos en la materia. Mujeres que jamás han pisado una grada o que no han leído jamás los nombres de los equipos contendientes, se llevan, a veces, un puñado de millones precisamente porque el azar de los resultados resultaba totalmente contrario al pronóstico. Aquellos que llenan todas las semanas una pila de formularios acostumbran a precaverse señalando algún resultado totalmente fuera de lo normal, para no perderse en la multitud de pronósticos fáciles que hace irrisoria la ganancia. El ideal del quinielista avisado sería la pérdida en su campo de los equipos imbatibles, para eliminar así a cuantos, en gran número, dan como resultados inexorables las victorias del Real Madrid o del Barcelona en sus terrenos. La suerte, la gran suerte, es producto de la excepción, y merece la pena tentar al contrasentido de los partidos fáciles.

Justamente a veces se produce todo lo contrario. En la jornada antepenúltima, los acertantes de catorce resultados han sido varias docenas de millares. Los de trece aciertos ya eran el Valle de Josafat. Estos se quedaron sin cobrar un céntimo, y los primeros cobraron poco más de sesenta duros, apenas para pagar los gastos. De producirse a menudo una racha de resultados normales, todos o casi todos con un "uno", el benéfico negocio quinielístico iría de capacoída. La gracia de las quinielas y su aliciente consiste en los resultados sorprendentes, inesperados y absurdos. En pureza, la simple lotería que compramos sabiendo que en ella todo es azar, resulta más lógica que esa ruleta colectiva en la que el participante se hace una ilusión intelectual de augurio y de cálculo, mezclada a una pretensión de técnico en fútbol. La diferencia —y el aliciente quizá— está en que la quiniela es una lotería que nos hace trabajar, mientras que la otra se nos da con el ocio.

La quiniela se basa, pues, en gran parte, en la rutina del trabajo, que no conseguimos romper con la semana inglesa. Es algo así como el tobogán con que los hombres de nuestra condición, que tenemos espíritu contable, nos deslizamos hacia el ocio, sin abandonar del todo el casillero de la contabilidad, en el que nos hemos enfrascado durante la semana. Debíamos preferir la lotería, que es una quiniela en blanco. Y que gane simplemente el más guapo.